

VALOR, PRESTIGIO E INTERCAMBIO. LOS MÉTODOS ANTE LA TEORÍA¹

Michał Krueger²

U. Adam Mickiewicz de Poznań / U. Pompeu Fabra de Barcelona

Resumen:

Este artículo pretende valorar tres conceptos claves para la economía antigua: valor, prestigio e intercambio. La utilización de los métodos que sirven para dar a conocer el valor socioeconómico de los ítems encontrados en yacimientos arqueológicos depende del enfoque teórico que uno escoge para investigar el pasado. En el presente trabajo se analizan los principales problemas relacionados con estos métodos (el índice de diversidad, el número total de los objetos, la inversión del trabajo) y, por otra parte, se investiga los mecanismos que influyen a la creación del valor.

Palabras clave: intercambio, prestigio, valor, metodología

Abstract:

This work pretends to assess three key concepts for the ancient economy: value, prestige and exchange. The use of the methods, which provide the socioeconomic value of the archaeological items, depends on the theoretical background chosen for researching the past. In this study are analyzed the main problems related with those methods (diversity index, total number of objects, labour input). On the other hand, the mechanisms, which influence on the creation of value, are investigated here.

Keywords: exchange, prestige, value, methodology

En este trabajo quisiera compartir algunas reflexiones sobre aspectos económicos de la protohistoria. Me gustaría dar una imagen genérica de las posibles relaciones económicas y los métodos para investigarlas, sin pretensión a dibujar ninguna visión histórica. Sin embargo, el presente trabajo va a aludir muchas veces a Andalucía occidental durante el periodo orientalizante, región y periodo donde se centran mis investigaciones.

¹ Artículo recibido el 19-3-2008 y aceptado el 9-4-2008

² Becario AECI-MAE. Agradezco a Sergio Remedios Sánchez su invitación para participar en esta nueva revista de historia y arqueología y también sus comentarios y la revisión lingüística del presente artículo. Sin embargo, yo mismo soy el único responsable de los posibles errores.



El tema de la economía en la protohistoria está estrictamente relacionado con el problema del contacto cultural que ha sido dominado por la visión tradicional basada en la dicotomía colonizador-colonizado (Voss 2005: 461). Eso tiene que ver mucho con el modelo centro-periferia elaborado por Immanuel Wallerstein (1974). El procesualismo valoró positivamente el trabajo de Wallerstein en la arqueología porque se inscribía muy bien en los esquemas que opera esta corriente teórica. Con el modelo centro-periferia de Wallerstein está relacionada la propuesta de Susan Frankenstein y Michael Rowlands (1978) sobre la economía de bienes de prestigio, basada en la teoría antropológica que ha tenido repercusión en la arqueología tartésica (Aubet et al. 1996). Entre los importantes autores que se ocupan de las cuestiones económicas durante la protohistoria hay que enumerar a María Eugenia Aubet Semmler y su propuesta de los procesos de intercambio como relaciones entre sociedades desiguales (2005) y a Carlos González Wagner y Jaime Alvar (2005) con su interpretación de la colonización agrícola del suroeste peninsular durante la protohistoria. Recientemente han surgido también trabajos elaborados en la corriente postprocesual (Delgado 2002, Alzola Romero 2003, Vives-Ferrándiz Sánchez 2005).

La arqueología postprocesual o, más bien, la teoría postcolonial, dio una fuerte respuesta a los esquemas unilaterales elaborados por el procesualismo al criticar el eurocentrismo y al intentar reconocer a los “colonizados” como participantes activos del proceso colonial. Por lo tanto, según el postprocesualismo, el estudio del contacto intercultural debe tener en cuenta que las relaciones entre culturas son mutuas y las influencias tienen carácter recíproco. Esto tiene consecuencias graves a la hora de estudiar la economía antigua. Hay que recordar que dos sociedades pasadas pudieron otorgar diferente grado de prestigio o de valor a los objetos. En muchas ocasiones se ha dicho que el valor o el prestigio no se atribuye a la mercancía en función a las cualidades intrínsecas sino que es un producto de la demanda, es decir, depende del contexto socio-cultural (Alzola Romero 2003, Mortelmans 2005, Krueger, en prensa). Es el comercio el que crea el valor y no al revés. Los colonizadores y los pueblos autóctonos conceden diferentes valores y diferente prestigio a los objetos; lo que para



unos fue solo un producto artesanal, para otros llega a ser un codiciado atributo de lujo y riqueza.

Otro problema es el de igualdad-desigualdad del intercambio. Sin duda, la economía “colonial” crea las diferencias sociales y económicas dentro de la sociedad autóctona. La interpretación de éste proceso depende de la óptica: por ejemplo la arqueología postprocesual, gracias a sus bases relativistas, permite ver y valorar una cierta situación desde la perspectiva de las dos partes implicadas en el proceso de intercambio. La respuesta a la pregunta si el comercio colonial fue injusto, depende del hecho de incluir la perspectiva de los autóctonos que posiblemente no se sentían para nada engañados al recibir objetos inalcanzables en su entorno social que les permitían reforzar el poder dentro de la sociedad. La anteriormente mencionada manipulación puede ser el mayor motivo de obtener beneficios para los que emprenden el intercambio, pero los otros también sacaban un provecho recibiendo objetos foráneos, sin perder nada que tenga valor en su contexto cultural. Al fin y al cabo, lo que “llena” a los objetos de valor, es la ideología que va detrás del mismo y ésta puede inscribirse muy bien a las necesidades de una sociedad autóctona.

Me gustaría también tocar la frontera entre el valor y el prestigio. Estos términos muchas veces se utilizan indistintamente (véase por ejemplo Bailey 1998), como si fueran sinónimos. Desde luego están conectados entre sí, pero tienen diferentes significados. Mientras el prestigio hace referencia a la capacidad de despertar admiración y estima entre los demás miembros de una comunidad (Diccionario de Antropología 1980, 134), el valor es un término con un campo semántico muy vasto. El primer significado según el Diccionario de la Real Academia Española es “el grado de utilidad o aptitud de las cosas, para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite”. En el sentido económico, es la “cualidad de las cosas, en virtud de la cual se da por poseerlas cierta suma de dinero o equivalente” o, dicho de otro modo, la equivalencia de una cosa a otra (Diccionario de la Lengua Española 2008). La indistinta utilización de estos términos puede tener su raíz en la incertidumbre respecto a las categorías principales de la economía antigua. El debate entre formalistas y



sustantivistas ha demostrado dos maneras de estudiar las relaciones económicas en el pasado. Teniendo en cuenta aquella discusión, se puede suponer que el valor es un concepto propio del mundo contemporáneo, mientras que utilizando la palabra “prestigio”, nos acercamos a las categorías propias de la antigüedad. Por un lado, es cierto, en nuestra sociedad el mayor objetivo para entablar las relaciones de intercambio es claramente la voluntad de obtener ganancias. Sin embargo, es dudoso presumir que así fue en el pasado. Si aceptamos la definición creada por el antropólogo francés Marcel Mauss según la cuál el intercambio es un fenómeno total que incluye el aspecto económico, pero también moral, político y social, vemos que el beneficio es sólo una parte de una compleja relación entre las personas, ni siquiera el más importante. Por otra parte, sería imprudente ignorar por completo el deseo de beneficiarse ya que los ejemplos etnológicos demuestran que la dimensión económica es importante para las sociedades “primitivas” (Voutsaki 1992: 43). Por lo consiguiente, habría que tener en cuenta que el objeto del intercambio antiguo no se reduce a una sola dimensión, beneficio o prestigio, sino que es una amalgama de valores. Otra diferencia entre el intercambio antiguo y moderno es el estatus de los “mercaderes”: ahora lo que importa es el precio y las ganancias, mientras que en las sociedades pre-monetarias el estatus igual de las personas implicadas en el acto de intercambio era imprescindible para comenzar dicho acto (Voutsaki 1992: 43).

El problema con que un arqueólogo tiene que enfrentarse es la elección de un apropiado método que sea la herramienta principal y base de su futura interpretación. El postprocesualismo al criticar la deshumanización de las ciencias sociales puso en duda la validez de los métodos científicos utilizados anteriormente. La arqueología interpretativa se centra en el hecho comprender las dimensiones sociales de la existencia humana pero al mismo tiempo ignora las posibilidades que ofrece, por ejemplo, la estadística. Sin embargo, muchas de las interpretaciones hechas dentro de la corriente de arqueología postprocesual perciben y tratan el material arqueológico de manera arbitraria lo que excluye un amplio abanico de potenciales informaciones que se pueden sacar del registro arqueológico. Por lo consiguiente, uno de los problemas más graves



de la arqueología postprocesual es su debilidad epistemológica a la hora de construir interpretaciones. Se niega utilizar la ciencia como una herramienta válida para analizar el pasado. ¿Cómo, entonces, introducir los métodos cuantitativos sin perder de vista el ser humano? ¿Cuáles son los métodos para investigar las cuestiones relacionadas con el valor, el prestigio y el intercambio?

Uno de ellos consiste en la aplicación del concepto de índice de diversidad (*index of diversity*). El concepto fue desarrollado en la tesis doctoral de Sofia Voutsaki (1993) para analizar los cementerios micénicos. Es una manera fácil de medir la riqueza de una tumba teniendo en cuenta no el número total de los objetos, sino las categorías establecidas a base de tecnología y materiales utilizados. Las ventajas de aplicar el concepto son de considerable importancia: el índice de diversidad, según Sofia Voutsaki, no es sensible a factores como la publicación incompleta de un informe arqueológico, mal estado de conservación de los objetos o desplazamientos. El uso del índice de diversidad ofrece la posibilidad de diferenciar las importantes pautas que se pierden en la práctica tradicional de contar los bienes de un ajuar concreto. Este método también ayuda a determinar los objetos prestigiosos sin aludir a su manufactura y facilita evitar las fáciles suposiciones sobre el valor del objeto. Es un buen y sobre todo fácil método pero su utilización tiene ciertos puntos débiles. Los factores enumerados por S. Voutsaki si que influyen a los cálculos porque la falta de ciertos datos en un informe arqueológico puede imposibilitar la asignación correcta de un objeto a una categoría, los desplazamientos crean una incertidumbre a la hora de cualificar a un objeto en una tumba concreta etc. Por otra parte, es bastante peligroso utilizar dicho método para las tumbas que no se caracterizan por mucha diversidad. En aquel caso los resultados no van a ser para nada relevantes. La utilización del concepto es válida cuando refleja la importancia de la diversidad de una sociedad concreta. Luego, el concepto de diversidad ignora completamente el número de objetos de una determinada categoría lo que supone una pérdida de importantes datos. Por ejemplo, en la tumba 17 de la necrópolis de La Joya se encontraron 15 cuencos hechos a mano. Es un número considerable que seguramente otra vez subraya la importancia de aquella tumba,



confirmada por el elevado índice de la diversidad. Por lo tanto, es mejor utilizar aquel método junto con otras maneras de cuantificar la riqueza.

El índice de diversidad pertenece al grupo de métodos, de tradición procesual, de cuantificar valor basado en rasgos fácilmente observables en el registro arqueológico. El más conocido es la inversión del trabajo (*labour input*) que consiste en medir la fuerza necesaria para elaborar un objeto (véase por ejemplo Tainter 1975). La energía gastada en el proceso de producción, sin duda, puede reflejar el coste de un objeto en el primer momento de su circulación pero esto no quiere decir que es su valor definitivo. La idea de poner un signo de equivalencia entre el valor y la energía seguramente tiene mucho que ver con las contemporáneas percepciones del trabajo visto como una mercancía preparada para vender. Sobre el hecho de transponer los conceptos económicos modernos al área investigada se ha escrito mucho y el debate, conocido como un enfrentamiento entre formalistas y sustantivistas, tiene una tradición que dura ya casi un siglo. Al principio del siglo XX dos historiadores alemanes, K. Bücher y E. Meyer, empezaron a discutir si en el mundo antiguo existían mecanismos económicos propios del sistema capitalista moderno. Después se involucraron más investigadores: en los años 40 Herskovits y Firth frente a Thurnwald y Malinowski y en los años 60 Leclair, Schneider y Burling frente a Polanyi, Dalton y Sahlins (Molina, Valenzuela 2007: 57). Según los sustantivistas, el pasado anterior al siglo XVIII no se podía analizar con la perspectiva moderna mientras que los modernistas percibían el principio de los conceptos como libre mercado, beneficio, iniciativa privada o especulación, ya en el mundo antiguo. Los últimos querían aplicar la teoría económica en cualquier época o lugar. Los sustantivistas, en cambio, veían la necesidad de estudiar las instituciones económicas caso por caso. Las repercusiones de este debate están presentes en muchos estudios arqueológicos que tienen como objetivo estudiar la economía antigua.

Personalmente estoy más cerca de la postura de los sustantivistas. Es difícil creer que las sociedades pre-monetarias tuvieron una única manera de medir el valor. Además, y tal y como lo puso de manifiesto S. Voutsaki (1992: 44), el trabajo no puede ser visto como una mercancía porque el éxito en el área de producción en la sociedad



“primitiva” dependía más bien de ciertos ritos y no tanto de la inversión del trabajo. En palabras de S. Voutsaki: “Labour in the manufacture of prestige items is valued in terms of aesthetic embellishment and semantic virtuosity, and seen as product of ‘magic’, i.e. exclusive, often ritualized skills, and not of invested energy” (1992: 44, véase también Lull, Picazo 1989: 17). En otro lugar la misma autora dio un sugerente ejemplo de aquella tesis diciendo que la máscara hecha de oro requiere menos trabajo que una cuenta decorada con granulación, pero la exclusiva distribución de las máscaras de oro indica que gozaban de un valor social muy alto y poseían un significado simbólico muy especial (Voutsaki 1995: 56).

Lo último siempre crea problemas ya que es extremadamente difícil determinar si los objetos encontrados en contextos funerarios tenían un significado especial para el difunto o para los que lo depositaron. Si el valor depende de la circulación, es necesario responder a la pregunta ¿cuánto tiempo un objeto estaba en manos de sus previos poseedores? Lo que puede ayudar son los estudios tipológicos que permiten concretar si el objeto es anterior a los demás encontrados en la misma tumba (véase Kjeld Jensen, Høilund Nielsen 1997: 33-34). En las necrópolis se depositan ítems de manera intencional pero el ajuar puede contener tanto objetos elaborados justo antes de su deposición, como los que habían circulado durante siglos. Sus valores pueden diferenciarse mucho porque los objetos, mientras circulan, adquieren “biografías” (véase Gosden, Marshall 1999). La constancia de este hecho podemos encontrarla en las obras de Homero. Es el caso de la cratera que los fenicios llevan a Toante y que, tras muchas peripecias, acaba en manos de Ulises (*Od.*, XV, 108-116) o el vaso que gozaba de mucho prestigio porque los anteriores propietarios desempeñaban cargos importantes (*Il.*, XXIII, 740-779).

Volviendo al concepto de la inversión del trabajo se puede decir que es un método racional y basado en categorías fácilmente observables en el ajuar. Pero al mismo tiempo hay que tener en cuenta que es una manera más bien complementaria y no la única capaz proporcionar información sobre el valor de los objetos, ya que se centra en investigar un sólo aspecto de los ítems, además un aspecto que es importante



en nuestra sociedad pero no tenemos ninguna garantía de que también fuera crucial en el mundo antiguo.

Otro método de medir la riqueza de una tumba consiste en contar el número total de los objetos (véase por ejemplo Quesada 1998). Éste procedimiento es también fácil de aplicar, pero como los otros tiene sus desventajas ya que la cantidad de objetos no necesariamente refleja el prestigio o la riqueza del propietario de una tumba porque los indicadores de estatus pueden ser escasos y muy modestos. Para poner un ejemplo, algunas comunidades de los gitanos en Rumania suelen enterrar sus muertos con muchos valiosos objetos de uso diario como equipos de música, televisores o incluso coches lo que no quiere decir que su estatus social sea más alto que el de los rumanos que tradicionalmente ponen en sus tumbas objetos modestos.

Habiendo resumido los métodos que se acercan al concepto del valor: el índice de diversidad, el total número de los objetos y la inversión del trabajo, tenemos que investigar los mecanismos de creación del valor. ¿Cuándo y dónde nace el valor? Se ha dicho anteriormente que el valor no es una cualidad intrínseca del objeto. El valor no se asocia a un objeto en el momento de su producción sino lo adquiere mientras está intercambiándose. No necesariamente la escasez tiene que ser el factor principal para que un objeto se convierta en ítem valioso o prestigioso. Más bien es el monopolio o el control de las esferas de intercambio (Voutsaki 1992: 46). El hecho de poner límites en la circulación de ciertos objetos eleva su valor y crea la red de dependencias entre las personas involucradas en el proceso de intercambio. Entonces la verdadera causa de las variaciones de valor es el control social que crea la escasez cultural. S. Voutsaki lo ha concluido diciendo que “objects are scarce, because they are valuable” (1992: 47) lo que significa que es la manipulación por parte de los agentes comerciales lo que tiene un papel crucial en el proceso de creación de valor y que no es la escasez natural lo que determina el valor.

Las cuestiones relacionadas con el valor, el prestigio o el intercambio normalmente están estudiadas a base de datos funerarios que, hasta ahora, han sido interpretados de una cierta manera. La arqueología procesual cree en una relación



directa entre los datos funerarios y la organización social (Binford 1971) que, obviamente, en muchos casos refleja la estructura de la sociedad, pero puede también distorsionar o idealizar las relaciones sociales (Bloch 1981, Morris 1987). Por lo tanto, para comprender el intercambio y los aspectos relacionados con él, es interesante ver las prácticas funerarias como actividades activas y simbólicas, en vez de cómo acciones que legitiman las relaciones sociales. El análisis contextual y las aproximaciones etnoarqueológicas pueden indicar como diferentes objetos fueron utilizados e intercambiados y que significado social tuvieron.

Pero, ¿cuál es la práctica de estas investigaciones? ¿Cómo llegar al conocimiento de los aspectos simbólicos de los objetos? Ian Hodder en uno de sus primeros trabajos (1982) hechos dentro de la corriente postmodernista en arqueología rechazó la preconcepción procesual de que la riqueza tiene correlación con el estatus. En cambio propuso hacer el esfuerzo de buscar los indicadores del estatus. Según él, para alcanzar el objetivo, hay que mirar el material arqueológico de manera contextual, es decir, teniendo en cuenta el entorno de un ítem. No obstante, ni siquiera la mirada contextual, como ha observado S. Owen (2006: 358) permite reconocer los indicadores de estatus ya que para nosotros no pueden parecer realmente especiales. Esa es la verdadera debilidad del enfoque postprocesual: la teoría en sí puede parecer muy atractiva y prometedora, pero al confrontarla con el material arqueológico resulta que los conceptos no son del todo aplicables. Para salir de este punto muerto se puede buscar inspiración en la etnoarqueología, entendida como “el método de desechar los prejuicios propios con el objetivo de llegar a la familiaridad con la *otredad* de diferentes sociedades”. (González Rubial 2003: 13 [Oudemans 1996]). El estudio comparativo de datos arqueológicos con etnográficos puede dar interesantes resultados. Para poner un ejemplo, los cuchillos de hierro encontrados en las tumbas tartésicas son interpretados, si se los interpreta, como elementos que expresan la pertenencia a un determinado grupo, relacionado con el poder y estatus, pero no se los asocia, sin tener en cuenta su próxima relación con el fuego, a los objetos mágicos o amuletos contra hechicería, tal y como servían en la Edad Media en las comunidades eslavas de la Europa Central (Wawrzeniuk 2002: 78). Desde luego hay que intentar evitar los fáciles paralelismos



entre culturas, pero al mismo tiempo ciertas experiencias relacionadas con la naturaleza pueden ser comunes para las sociedades geográfica y cronológicamente lejanas. Estos datos pueden ayudar a crear nuevas interpretaciones o revisar los ya existentes.

El presente artículo obviamente no ha intentado dar respuestas definitivas, sino ha pretendido marcar los problemas cruciales e invitar a la discusión tanto sobre las relaciones de intercambio en la protohistoria, como sobre las maneras de investigarlas disponiendo de un material arqueológico concreto. Lo cierto es que las cuestiones relacionadas con el valor, prestigio e intercambio requieren una investigación compleja y la aplicación de diferentes métodos, de varias tradiciones teóricas, porque todos los enumerados anteriormente dan una visión del pasado, sin embargo, es una visión parcial y, además, sin ninguna garantía de que realmente refleje los valores importantes para las sociedades investigadas. Por lo tanto habría que hacer el esfuerzo de contrastar diferentes métodos para obtener una visión más compleja. No hay un sólo método que refleje la riqueza o el prestigio. Por otra parte, dichos métodos no son para nada excluyentes y pueden ser válidos siempre y cuando mantengamos el sentido crítico a la hora de analizar los resultados y construir interpretaciones.

krueger@amu.edu.pl



BIBLIOGRAFÍA:

- ALZOLA ROMERO, A. (2003): ¿Colonizadores colonizados? Acercamientos teóricos recientes al papel fenicio en el Sur de la Península Ibérica, en ESPARZA ARROYO, A., (ed.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce final y Hierro en la Península Ibérica*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 557-566.
- AUBET, M. E. (2005): “El “Orientalizante”: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales”, en CELESTINO, S., (ed.) *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, Mérida, CSIC, 117-128.
- AUBET, M. E., BARCELÓ, J. A., DELGADO A. (1996): “Kinship, Gender and Exchange: the Origins of Tartessian Aristocracy”, en *The Iron Age in Europe 12*, XIII International Congress on Prehistoric and Protohistoric Sciences Forlì – Italia – 8/14 September 1996, Forlì, 145-161.
- BAILEY, D. (ed.) (1998): *Archaeology of Value: Essays on Prestige and the Processes of Valuation*, BAR International Series No. 730, British Archaeological Reports. Oxford: Archeopress.
- BINFORD, L. R. (1971): “Mortuary practices: their study and potencial”, en BROWN, J. A., (ed.) *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices. Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25, 6-29.
- BLOCH, M. (1981): "Tombs and Status", en HUMPHREYS S.C., KING H., (eds.), *Mortality and Immortality: The Anthropology of Death*, London, Academic Press, 137-147.
- DELGADO, A. (2002): *De guerreros a comerciantes: poder e intercambio en las comunidades del Bronce Final de Andalucía occidental*, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra (Tesis Doctoral inédita).
- Diccionario de antropología, 1980, Barcelona, Bellaterra.
- FRANKENSTEIN, S., ROWLANDS, M. J. (1978): “The Internal Structure and Regional Context of Early Iron Age Society in South-Western Germany”, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 15, 73-112.
- GONZÁLEZ RUBIAL, A. (2003): *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*, Madrid, Ediciones Akal.
- GOSDEN, Ch., MARSHALL, Y. (1999): “The cultural biography of objects”, *World Archaeology*, 31(2), 169-178.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KJELD JENSEN, C., HØILUND NIELSEN, K. (1997): “Burial Data and Correspondence Analysis”, en KJELD JENSEN C. y K. HØILUND NIELSEN (eds.), *Burial & Society. The Chronological and Social Analysis of*



- Archaeological Burial Data*, Aarhus, Aarhus University Press, 29-61.
- KRUEGER, M. (en prensa): “Pasado, presente y futuro de la economía de bienes de prestigio como modelo interpretativo en arqueología”, *Revista d’Arqueologia del Ponent*, 18.
- LULL, V., PICAZO, M. (1989): “Arqueología de la muerte y estructura social”, *Archivo Español de Arqueología*, 62: 5-20.
- MOLINA, J. L., VALENZUELA H. (2007): *Invitación a la antropología económica*, Barcelona, Bellaterra.
- MORRIS, I. (1987): *Burial and Ancient Society. The Rize of the Greek City-State*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MORTELMANS, D. (2005): “Sign Values in Processes of Distinction”, *Semiotica*, 157(1/4), 497-520.
- OUDEMANS, T. C. W. (1996): “Heidegger and archaeology”, *Archaeological Dialogues*, 3(1), 29-33.
- OWEN, S. (2006): “Mortuary display and cultural contact: a cemetery at Kastri on Thasos”, *Oxford Journal of Archaeology*, 25(4), 357-370.
- QUESADA, F. (1998): “From quality to quantity: wealth, status and prestige in the Iberian Iron Age”, *The Archaeology of Value. Essays on prestige and the processes of valuation*, BAR International Series, 730, 70-96.
- TAINER, J. A. (1975): “Social inference and mortuary practices: an experiment in numerical classification”, *World Archaeology*, 7(1), 1-15.
- VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 12, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra.
- VOSS, B. L. (2005): “From Casta to Californio: Social Identity and the Archaeology of Cultural Contact”, *American Anthropologist*, 107(3), 461-474.
- VOUTSAKI, S. (1992): “Value and exchange in pre-monetary societies. Anthropological debates and Aegean archaeology”, *Hydra*, 10, 42-53.
- (1993): *Society and Culture in the Mycenaean World: an Analysis of Mortuary Practices in the Argolid, Thessaly and Dodecanese* (Tesis Doctoral inédita), Universidad de Cambridge.
- (1995): “Social and Political Processes in the Mycenaean Argolid: the Evidence from the Mortuary Practices”, en LAFFINEUR, R., NIEMEIER, W.-D, (eds.), *Politeia: Society and State in the Aegean Bronze Age*, Aegaeum, 12, Liège-Austin, Université de Liège-University of Texas at Austin, 55-66.
- WAGNER, C., ALVAR, J. (2003): “La colonización agrícola en la península ibérica: estado de la cuestión y nuevas perspectivas”, en GÓMEZ, C., (ed.), *Ecohistoria del paisaje agrario: la agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, València,



Universitat de València, 187-204.

- WALLERSTEIN, I. (1974): *The Modern world-system*, New York, Academic Press.
- WAWRZENIUK, J. (2002): “Grób i jego wartości poznawcze”, en WRZESIŃSKI, J., (ed.), *Popiół i Kość. Funeralia Lednickie – Spotkanie 4*, Wrocław-Sobótka, SNAP, 75-82.

PÁGINAS WEB CONSULTADAS:

-Diccionario de la Lengua Española:

-http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=valor consultada el 18.02.08